

La ambición de lo breve

MARÍA JOSÉ NAVIA

Se suele usar el adjetivo "ambicioso" para hablar de una novela larga o una obra literaria en varios tomos, como si la ambición solo pudiese estar relacionada con lo extenso. En el caso de Annie Ernaux, la escritora francesa recientemente galardonada con el Nobel de Literatura, en cambio, podemos apreciar, en toda su maravilla, la ambición de lo breve. Son más de veinte libros en los cuales las palabras cortan, una "prosa quirúrgica", como la han llamado algunos críticos, que en pocas páginas muestran vidas de mujeres atravesadas por lo cotidiano, por el deseo, por la Historia. Una obra que no aspira a crear un universo sino a devolverle la mirada al mundo. Así lo anunció en el discurso que ofreció al recibir el prestigioso Premio Formentor 2019: "No me interesa 'crear un universo', algo que ha aparecido durante mucho tiempo como el fin propio de la literatura (...) Me esfuerzo, al contrario, por explorar el mundo real, descifrarlo despojándolo de las visiones y los valores de los que la lengua es portadora en todas las épocas. Sustituir la ligereza de los términos de la comunicación que transmiten alegremente la dominación social y sexual por el peso de palabras lastradas de la vida real de la gente".

Ernaux hace de la memoria un acto de imaginación y justicia, esa memoria que, como indica uno de los epígrafes de su libro "El acontecimiento", "no es otra cosa que mirar las cosas hasta el final". Su literatura de ojos abiertos y fotografías, de evidencias que quedan latiendo, y doliendo, sobre la piel, está escrita con un lenguaje engañosamente simple que irrumpe en la página con violencia. Ese lenguaje que, cuenta ella en "El lugar", el libro dedicado a la muerte de su padre, sirvió para

distanciarla de su familia y hacerla sentir una traidora de clase. Asomarse a las palabras, a los libros, era escaparse de su mundo. Como dice al recordar a uno de sus abuelos: "Lo que más le irritaba era ver en su casa a alguien de su familia ensimismado en un libro o en un periódico. Él no había tenido tiempo de aprender a leer y a escribir".

Es este un libro bisagra, el que dejó de lado los personajes de ficción para acercarse a la propia memoria con un escalpelo. Esa memoria que, al examinarse de cerca, podía salvarse, algo

Ernaux hace de la memoria un acto de imaginación y justicia.

especialmente importante cuando se trataba de las experiencias más íntimas de las mujeres. Dice así en una entrevista: "Fui consciente de que la memoria de los acontecimientos que conciernen a las mujeres, la memoria de las mujeres, se borra extremadamente rápido. Todo lo que concierne a las mujeres cuanto antes se olvida, mejor, en cierto modo". Se trata de una escritora que, libro tras libro, ha ido examinando distintos episodios de su vida y de la historia de Francia, haciendo lo que ella llama "sociología literaria". Es lo que vemos de manera grandiosa en "Los años", probablemente su novela más famosa y premiada. Allí vamos saltando de escena en escena, de imagen en imagen (y la fotografía también tendrá una enorme importancia en "El uso de la foto", su libro junto a Marc Marie), desde recuerdos pequeños y aparentemente insignificantes hasta transformacio-

nes profundas en la sociedad y cómo todo esto va afectando la vida de una mujer.

Ernaux habla del sexo, del deseo (el que se enciende, tremendo, como en "Pura pasión", o el que se desvanece en "La mujer helada"), las expectativas y trabas sociales, y también la violencia que deben enfrentar las mujeres en distintos ámbitos (leemos: "Cada día y en cualquier parte del mundo hay hombres en círculo alrededor de una mujer, listos para tirar la primera piedra"), pero también recupera espacios cotidianos como el hipermercado ("Mira las luces, amor mío") y las experiencias de cuidado (con una vigilancia que se hace desde los apuntes de un diario) en el libro sobre la enfermedad y muerte de su madre, "No he salido de mi noche". Allí, leemos: "Escribir sobre la propia madre plantea, a la fuerza, el problema de la escritura".

Y es que perder a la madre quizás no sea sino otra forma de perder la lengua o parte de ella. Volverse huérfana de la lengua materna y buscar una nueva forma de habitar el lenguaje y entenderse como escritora. De conjurar su propia distancia y entender secretos familiares como la muerte de su hermana (de la que se entera, un día, por casualidad). En un momento de "No he salido de mi noche", la narradora se pregunta: "¿Voy a salir de este dolor? Todos los gestos me llevan a ella. Quizá agotar este dolor, cansarlo contando, describiendo".

Hay una belleza enorme en el ojo de Annie Ernaux que "mira hasta el final", sí, todas las cosas, sin nunca agotar el dolor. Una belleza y una ambición de hacer de lo preciso un regreso al mundo, ese de las mujeres y sus trazos de memoria, tanto en la página como en el cuerpo.